

Cada vez que esto ocurría, Doña Pietra renovaba sus adornos y sus vestidos como arreglándose para una fiesta galáctica. Entonces, cambiaba el rumbo de un río en la India, explotaba un volcán en Colombia, desbarataba una montaña en el Japón, tumbaba árboles en México, desaparecía islas en Hawái y hacía aparecer nuevos ríos y montañas en el Himalaya.

Bonifacio sabía que esos movimientos facilitaban la digestión de Pietra. Era una forma de liberar de su panzota el exceso de energía porque si no, la indigestión la haría volar en mil pedazos. A esto se le había puesto el nombre de temblores o terremotos.

Al tiempo que jalaba sus bigotes, que parecían alfileres, Bonifacio se apresuró mientras arreglaba sus pantalones de estrellitas y su camisa de colores. En realidad el asunto no era tan preocupante para él.



Con Rita y sus hijos habían construido su madriguera de tal manera que cuando Pietra se moviera no se cayera y los lastimara. Habían practicado una y otra vez la forma de protegerse dentro de ella. Habían puesto punticos verdes a los sitios más seguros: acostados a los lados de las camas, acurrucados contra las columnas protegiéndose la cabeza, metidos debajo de los muebles resistentes y lo más importante, por ningún motivo podían quedarse en la cocina.

